12-1-93-

Simpatías y diferencias

Vicente Gerbasi, el mago

Hablar de la persona de Vicente Gerbasi, del ser humano llamado Vicente Gerbasi, no resulta fácil, por la vinculación mágica que existía entre el hombre y el ángel. ¿Dónde terminaba el hombre? ¿Dónde comenzaba el ángel?

Vicente se nos aparecía siempre como envuelto en una atmósfera neblinosa, gaseiforme, donde los elementos terrestres se confundían con los elementos celestes. En una palabra, Vicente era un dios. Continuamente estaba regresando de los territorios mágicos, de los espacios cálidos de su sangre, de las nebulosas gerbasianas, donde la palabra adquiría cuerpo de eternidad y era materia de eternidad.

Ahora bien, hablar de la poesía de Vicente, resulta fácil, por el extraordinario poder comunicativo, por la fuerza de contagio que contiene su palabra poética. Vicente no se impregnó de surrealismo, como algunos compañeros suyos del grupo Viernes, sinembargo el surrealismo le sirvió de mucho, en cuanto al descubrimiento de nuevos espacios —el verbo-subconsciente, la palabra sumergida en el sueño— que dieron a su poesía una dimensión novedosa, no exenta de barroquismo, en cuanto a la abundancia de imágenes brillantes vestidas por el color del trópico.

La palabra poética gerbasiana nos conduce siempre al mundo de la sorpresa. Desde sus primeros poemas hasta los últimos, pasando por "Mi padre el inmigrante" y "Los espacios cálidos", hay una marcada evolución que va desde lo barroco de la imagen a la más descarnada síntesis, donde el poder de la palabra desnuda, hecha hueso de alma, cumple una función evocadora, de referencia, que nos hace vibrar los más profundos espacios del ser. Los últimos poemas de Vicente son de una maravillosa síntesis, donde el simple vocablo se transmuta en magia, en átomo verbal, capaz de estallar formando radiaciones duales: palabra-espíritu; verbo-vivencia; infancia-evocación.

En toda la poesía de Vicente Gerbasi encontramos permanentes referencias a su infancia y a su tierra de Canoabo —"Te amo, infancia, te amo"—, ambas cubiertas por una grata neblina evocadora, envueltas en una luz de conejos y cocuyos, en una sombra cargada de fantasmas y duendes que embrujan la gran noche venezolana.

FRANCISCO SALAZAR-MARTINEZ